

• Luis de Diego, S. J.

## "EL REINO DE ESTE MUNDO"

# Alejo Carpentier

"Pero no queremos, de ninguna manera, entrar en el reino de los cielos: nos hemos hecho hombres, por ello queremos el reino de la tierra."

(Nietzsche,  
'Así hablaba Zaratustra',  
cuarta parte)

Alejo Carpentier.

La Habana, 1904, ve nacer a su futuro escritor de padre francés y madre rusa. Ecue Yamba-O, primera preocupación y vivencia del mundo negro, aparece en 1933. Compañero de Alberti, García Lorca, Neruda. A raíz de un viaje a Haití escribe "El reino de este mundo" en 1949. Posteriormente, "Los pasos perdidos", 1953, por las selvas amazónicas. "Guerra del tiempo" en 1956, "El acoso" en 1958. Pero en 1952 su obra, hasta el momento más ambiciosa e importante, "El siglo de las luces", apólogo de una revolución. Se convierte en mensajero de la revolución cubana, sobre la que prepara una trilogía, cuyo primer volumen parece haber terminado, "El año 59". Desde 1966 reside en París.

La obra que nos ocupa, "El reino de este mundo", termina con un lugar y fecha de conclusión: Caracas, 16 de marzo de 1948 (1).

Haití, tierra tropical y turbulenta. En el desorden e injusticia de los primeros años, entre tantos negros vive uno más, Ti Noel, al servicio de su señor francés Lenormand de Mezy. En capítulos breves, de maestro en narrativa, el mundo brillante, fabuloso, imaginativo, esclavizado, mágico, del negro. Mackandal, esclavo misterio-

so, amputada una mano por el trapiche, se especializa en brujerías. Un día desaparece. Al poco tiempo "el veneno se arrastraba por la llanura del Norte, invadiendo los potreros y los establos". Hay una revelación: Mackandal, que ha caído en dominio de "Dioses mayores", es el "señor veneno", y busca el exterminio de los blancos. Se le busca. Se le apresaa, al fin. Se le quema. La imaginación fabulosa del negro no quiere creer en la desaparición de su héroe, y en el momento de la ejecución, un grito: ¡Mackandal, sauvé!, desemboca en una historia colectiva. Sí, Mackandal ha cumplido su promesa y, librado mágicamente por sus propios poderes del suplicio, "permanece en el reino de este mundo". Se niega, no puede abandonar a los suyos, su única patria es la tierra. Y un recuerdo se perpetúa, épico, entre los negros.

Una rebelión sucede a la otra. Ahora Henri Cristophe, monarca dictador negro, mezcla de corte francesa y de rey africano, domina en el país. Odiado por todos, también por los de su raza, no dura mucho tiempo.

Ti Noel en todo participa, a las buenas o a las malas. Lleno de años, siempre recordando a Mackandal, asiste a los últimos desórdenes de su país, de su vida, de siempre. Todo igual, nada cambia. De esclavitud en esclavitud. Sin remedio. Sin amargor. Inutilidad de toda rebeldía. No hay manera de ayudar a los suyos, "siempre encorvados bajo la tralla de alguien". Ni se sabe de quién. Extranjeros. Los agrimensores. Y el negro viejo, en su ilusión de ser también rey o dictador, arrastra los últimos delirios por su tierra tan pisada, tan amasada en revueltas, tan igual, tan quieta, en donde, fatalmente, las cadenas se suceden, renacen los grillos y proliferan miserias "que los más resignados acaban por aceptar como prueba de la inutilidad de toda rebeldía".

Pero aparte de esta verdad sociológica constatada con pesimismo por Carpentier, no absoluta, pues la voluntad de poder, de cambio, de progreso verdadero y humano, y sus relaciones, nos las muestra con frecuencia la historia, Carpentier parece querer entregarnos algo más: ya en la última página de la obra asistimos a la agonía triunfal de este pobre negro, viejo y loco:

"En aquel momento, vuelto a la condición humana, el anciano tuvo un supremo instante de lucidez. Vivió, en el espacio de un palpito, los momentos capitales de su vida; volvió a ver los héroes que le habían revelado la fuerza y la abundancia de sus lejanos antepasados de África, haciéndole creer en las posibles germinaciones del porvenir. Se sintió viejo de siglos incontables. Un cansancio cósmico, de planeta cargado de piedras, caía sobre sus hombros descarnados por tantos golpes, sudores y rebeldías. Ti Noel había gastado su herencia y, a pesar de haber legado a la última miseria, dejaba la misma herencia recibida. Era un cuerpo de carne transcurrida. Y comprendía, ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponer Tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite.

Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el Reino de este Mundo." (2)

Superación del pesimismo de la situación real mediante la glorificación definitiva y última de este hombre que se sabe igual o peor que sus abuelos, pero que ha luchado. En este final alentador, y que resume toda la obra, se patentizan dos actitudes latentes desde la primera página: un profundo humanismo, amor solidario con la Humanidad, con el pobre hombre que sufre, suda, se debate y fracasa siempre en sus intentos de mejora y rebeldías, pero que por el mero hecho de pertenecer al Reino de este Mundo es grande, heroico, admirable, aun en medio de su sufrimiento y pequeñez, aunque no sepa por qué está aquí abajo, por quién y para quién.

(1) "El reino de este mundo", Alejo Carpentier, Edit. Seix Barral, Barcelona, 1967.

(2) Ib. págs. 147-149.

Y una prescindencia, sino negación, de la esperanza cristiana. Es la perfecta disociación, práctica, real, convencida, de los dos reinos, y que tantas veces, aun entre los mismos cristianos, se ha fomentado y practicado en diversas manifestaciones, por una mala inteligencia de la relación entre ambos.

Y el paso de la separación formal a la negación de uno de ellos es corto. Y lastimoso que esta disociación y negación se haga en nombre de la dignidad humana.

El hombre no necesita, para ser grande, del Reino de los Cielos, parece ser la conclusión de Carpentier. Viviendo, sufriendo, luchando, muriendo, se hace bastante, se da la talla. Aunque del final nadie supiera nada, de Ti Noel en concreto, "salvo, tal vez, aquel buitre mojado, aprovechador de toda muerte, que esperó el sol con las alas abiertas: cruz de plumas que acabó por plegarse y hundir el vuelo en las espesuras de Bois Caiman" (3).

Final estremecedor ante el que cabe la pregunta: ¿No hay más redención para el hombre que la del buitre? No hay esperanza en un futuro trascendente.

Romano Guardini sintetiza así el mensaje salvador del Zarathustra nietzscheano: "Autoliberación de la angustia y el resentimiento a lo finito y a lo de más acá; es la lucha contra una voluntad de angustia, la conciencia de la potencialidad del hombre y de la capacidad de renovación que dormita en él; es la definición de este ser como algo física y ontológicamente transformado, hombre que tomaría a su cargo las prerrogativas de Dios; es la idea de que este paso debe efectuarse por el horror y la destrucción, y conducir a una existencia en la que la libertad y la alegría tienen, para nuestras almas de hoy, algo terrible; y todo esto naciendo de la íntima persuasión de que ha llegado la hora de lo finito." (4)

Se rechaza la comodidad que proporciona una creencia en Dios, en el Reino de los Cielos. Renunciamiento grandioso. No se quiere desertar de esta tierra. Y de desertores se ha tratado muchas veces a los cristianos.

Nadie mejor que Teilhard ha contestado a esta objeción que él mismo llama mortal, si fuese verdadera:

"¿Nosotros desertores? ¿Escepticos sobre el futuro del Mundo tangible? ¿Asqueados del trabajo humano? ¿Qué poco nos conocéis!... Sospecháis que no somos partícipes de vuestras ansiedades, de vuestras esperanzas, de vuestra exaltación en la penetración de los misterios y en la conquista de las energías terrestres... Dios encarnado no ha venido a disminuir en nosotros la responsabilidad magnífica ni la espléndida ambición de hacernos nosotros mismos." (5)

Es un humanismo pleno, completo, abierto, el que se propone. Hacerse uno mismo no consiste únicamente en la fabricación de un superhumanismo que, aunque loable en iniciativa y generosidad, no pasa de ser, por cerrado, un tanto vago, precario, incompleto, pues a la larga un humanismo sin Dios se vuelve contra el mismo hombre. Hacerse uno mismo se concibe como el triunfo del mismo Dios en el hombre a través de sus luchas y de la participación activa de éste en la ciudad, en el trabajo, con esperanza. Tierra, ciudad que, sin Dios, no son muchas veces más que campo de lucha, caos, al menos prisión; con Él, en su nombre, se convierten, en fealdad, "en el campo magnífico y doloroso donde se elabora nuestra esperanza" (6).

El cristiano acepta este mundo con todas sus victorias y derrotas, en poder y en angustia. Porque su mensaje a transmitir, el único definitivo es éste: Dios, en la Historia, se ha revelado al hombre como Salvador; este Dios personal busca, anhela la respuesta humana. Su promesa, alianza es el signo más fuerte de esperanza.

El mundo es. En la fidelidad a sus Tareas y a su servicio sabe el cristiano que camina al encuentro del Futuro Absoluto. No hay condena. Se es fiel a la tierra. Pero se conocen sus fronteras. Expresado por Karl Rahner: "El Futuro Absoluto es el verdadero y propio futuro del hombre; es una posibilidad real para él; su aceptación, la última tarea de la existencia." Siempre ha existido en los hombres el problema de ver o creer. El problema de asegurarse o exponerse. Y ha sido, es y será el problema del cristianismo, de toda vida religiosa incipiente o profunda. No hay lugar para evidencias en un campo donde sólo caben certezas humanas y fe. En la luz in-

segura de un Dios maravilloso y secreto es en lo que creemos los cristianos. Y en su promesa de salvación. Es el Dios de Pascal, y tantos otros, que después de haber esperado, sucesivamente, en la Ciencia, el Humanismo, la Filosofía, descansó gozosamente en la esperanza del "Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob... Dios de Nuestro Señor Jesucristo".

Esperanza, eternidad, que para Ti Noel es nada más que el tiempo parado en ese gozoso instante terrestre. A esta experiencia en la tierra, verdadera, comulgante, es lícito oponer, para completarla, la experiencia de la eternidad, igualmente real, señalada por grandes escritores y novelistas de todos los tiempos, entre los actuales Dostoyewski, Bernanos, Claudel..., y ampliamente testimoniada y confirmada por santos, héroes, hombres de Dios, los hombres perfectos según Bergson.

Carpentier es un maestro en el conocimiento y penetración del mundo negro. Y lo expresa con una fuerza de evocación, una belleza literaria y sentimiento perfectos. Comprensión, hondura, bondad, sufrimiento, son sus cualidades profundas que, como Mackandal, optan por el Reino de este Mundo.

Este es el escándalo de nuestro tiempo, ha comentado Paulo VI en sus conversaciones con Jean Guitton: "Que pueda parecer que el amor de los hombres tiene que empezar por negar, amordazar, callar o negar a Dios para ser eficaz: que se disocie, que se opongan esas dos leyes de amor que Jesús unió tan sustancialmente: Amarás a Dios con todas tus fuerzas; amarás al prójimo como a ti mismo." (7)

Reconozcamos los propios errores. Podría añadirse un segundo escándalo, denunciado esta vez por un "payaso", y que tal vez explicaría el primero: muchas veces, "los hijos de este mundo son no sólo más listos, sino también más humanos y más generosos que los hijos de la luz" (8).

(3) Ib. pág. 149.

(4) "Der mensch und der Glaube". Trad. francesa Engelmann-Givord.

(5) El medio divino. Edic. Taurus, 1967, pág. 58-60.

(6) H. de Lubac, "El drama del humanismo ateo", Epesa 1967, prólogo.

(7) J. Guitton, "Diálogos con Pablo VI", Cristianismo y hombre actual, pág. 70-71.

(8) Heinrich Böll, "Opiniones de un payaso", Seix y Barral, pág. 15.